

## DE CUANDO EL CLARET TENÍA INTERNADO

(Y SE LLAMABA CORAZÓN DE MARÍA)

### ANTES DE COMENZAR LA CLASE.

---

Hubo un tiempo en que en el Colegio de Rabadán vivían alumnos - varias decenas- Eran “los internos”. No iban cada día al colegio, ya estaban en el mismo de lunes a sábado

Estos chicos tenían sus residencias en los pueblos de la isla en los que no existía Instituto de Bachiller, recuerdo que impartían el mismo el Pérez Galdós, el Loyola (Jesuitas), el Viera y Clavijo, algún otro que no recuerdo y el **Corazón de María**, en el viejo edificio, aún en pie, con entrada a la Calle Tomás de Iriarte, de tres plantas, con su patio interior rodeado de claustro y cubierto de cristalera a modo de claraboya.

De las islas menores procedían algunos y ni que decir que estos permanecían en el centro incluso los fines de semana, las dificultades de transportes lo impedían. Vivíamos tiempos en que el “Coche de Hora” – El Salcai actual- tardaba tres y cuatro horas en recorrer la vieja carretera del norte, desde Las Palmas a Guía, y para ir a Mogán, era necesario hacerlo en barco salvo que se quisiera hacer el viaje a lomos de burros o mulas.

## CLASE "A": CULTURA GENERAL.

A los ocho años emigré a Venezuela con mis padres, anteriormente residía en el Paseo de San Antonio. Desde la ventana de mi casa contemplaba a los soldados de artillería en el Castillo-Cuartel de Mata y la finca de plataneras que desde el puente de Mata se extendía hasta "Fuera la Portada" – Hoy el Obelisco de Tomás Morales, aproximadamente – y la pandilla de la que formaba parte jugaba en barrancos, fincas y laderas que hoy han sido absorbidos por calles y casas.

Puedo contar que antes de entrar en la Escuela de D<sup>a</sup> Catalina, en el inicio de la calle 1<sup>a</sup> de Mayo, justo enfrente de la entonces Iglesia de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de los Desamparados, del antiguo Asilo – Hoy Teatro del Centro de Cultura del Cabildo – jugábamos al fútbol, con latas o pelotas de trapo en la misma calle dado que pasaba un coche por allí de vez en cuando – Hoy un crío no dura vivo mucho en este punto dándole a la pelota con la cantidad de coches que pasan – además desde la citada ventana se observaba la torre de la Parroquia del Corazón de María sobresaliendo en altura a todas las viviendas que la rodeaban, solo competía con ella la edificación del Frontón y la vieja chimenea cerca de la Plaza de la Feria.

Sus campanas se oían con nitidez desde casa. En alguna ocasión la pandilla se fue de aventura hasta la Plaza de la Feria a jugar y a ver a los infantes de marina que montaban guardia en Capitanía. El trayecto desde el Paseo de San Antonio abarcaba cruzar una finca de plataneras, atravesar el paseo de Chil por debajo del mismo siguiendo el túnel por el que discurría la acequia que traía el agua desde la Rehoyas hasta la finca en la que años más tarde se edificaron los institutos de la Calle Tomás

Morales. En dicha finca se encontraba, cerca del árbol que aún se conserva al inicio del citado paseo, una vaquería donde por las tardes nos vendían unos chorros de leche sacados directamente de las ubres de las vacas a los vasos de lata en cuyo fondo ya se encontraba el gofio al precio de un Real, 25 céntimos de peseta.

Entrando a la ciudad por el final de la calle Murga, había reglamentariamente que pasar por el taller de bicicletas de la esquina de la calle Senador Castillo Olivares antes Fontana de Oro – para ver los últimos modelos de las mismas, la mayoría de las cuales salían de premios en cajetillas de cigarrillos, Fedoras, Kruger, Mecánicos entre otras marcas. Mas abajo nos encontrábamos con los estudiantes, casi todos chicos, del único instituto de bachiller de la ciudad, el Pérez Galdós, sito en la calle Canalejas y que más tarde pasaría a su ubicación actual.

Doblando hacia Tomás de Iriarte por la plaza del Padre Hilario y después de gritar en la puerta del Colegio Corazón de María para que retumbara en su patio, salíamos corriendo hasta Rabadán con giro a la derecha.

Al costado derecho de la Iglesia, donde hoy está la entrada de la Sección de Rabadán, encontrábamos la casa de los curas, la puerta estaba abierta y se veía un hermoso patio con estanque central y un claustro en derredor, del que se conserva solo la parte adosada al Templo. De dos pisos era, y en el segundo un “padre” con sotana negra y fajín del mismo color leía un libro pequeño mientras caminaba por el pasillo abierto al patio. Dos señoras mayores conversaban sentadas en un pequeño recibidor mientras esperaban algo. No había más que curiosear y proseguíamos hasta la calle de León y Castillo, doblando a la izquierda. Cada uno de nosotros se adjudicó un riel del tranvía, y siguiendo su trayectoria llegamos, ¡al fin!, a la Plaza de la Feria. En un lateral el centinela de guardia de la Comandancia de Marina, con mosquetón al hombro y defilando a lo largo de la fachada de la misma en un “va y viene” que nos alucinaba

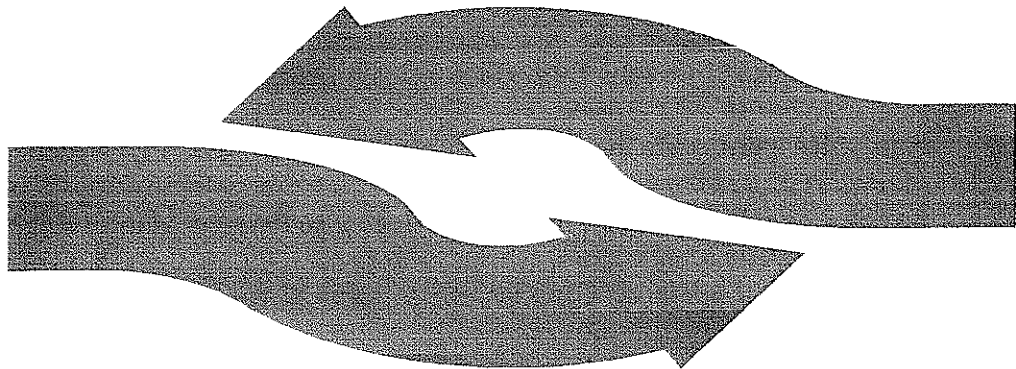
pues parecía un soldadito de plomo que imaginariamente movíamos con nuestros dedos. Al otro lado, en la puerta rotulada: Gobierno Civil, un señor parecido a un soldado y vestido de gris con una gorra de plato estaba de pie y las dos manos descansando sobre la boca de una especie de mosquetón, si bien mas pequeño. Un amigo mío, hijo de un antiguo Concejal (Por lo bajito en la tienda se comentaba que “comunista”) dijo que era un policía, y que tenía más categoría que los “guindillas” – Hoy policías locales – y entre uno y otro una gran plaza con piso, no de tierra, donde la pelota de trapo rodaría a mas velocidad y no se nos metería tierra y piedrecillas en las alpargatas de lona que calzábamos.

La “partida de pelota de trapo-pie” duraba lo que faltaba hasta las seis de la tarde. A dicha hora salían en fila mas marineros de la Comandancia con mosquetón y se colocaban uno al lado del otro mirando a la puerta de la misma, se oía un sonido largo de una trompeta y se ponían todos firmes con el arma en medio del pecho y apuntando hacia el cielo. El policía del Gobierno Civil hacía lo mismo. Un “Guindilla” que por allí pasaba se ponía firme y el brazo lo llevaba a la visera del gorro tipo colonial, a modo de saludo, y nosotros..... ¡nos cuadrábamos!, ¡saludábamos! y nos picaba todo el cuerpo mientras duraba el toque de trompeta que a modo de oración acompañaba la bajada de la bandera que hasta ese momento ondeaba en un palo en la parte más alta de la Marina.

Tanto recorrido para tan pequeño partido, pues según terminaba de arriarse la bandera, salíamos como galgos corriendo hasta nuestra calle en la ladera del barrio. En él algunas de nuestras madres habían oído otra trompeta tocando lo mismo en el Castillo de Mata y ya gritaban, desde las ventanas o puerta, nuestro nombre y rifaban algún que otro cogotazo. En una de esa retiradas apresuradas nos cruzamos con gente corriendo hacia la costa y a todas la madres en el cruce de la primera calle y la escalinata que al vernos subirla corriendo no sabía si besarnos o pegarnos una “tollina” (Supongo que esta palabra toma su significado de zurriar con una vara de tollo, que ha de doler “un

montón”) ¡Se había caído un edificio en construcción!, tenía cinco plantas, enfrente de la Iglesia de San Telmo, lo que fue motivo de otro “suceso” de la pandilla, pero eso sería otra historia a contar.

Como decía al principio del curso anterior, emigré a Venezuela. Mi edad era tan sólo 8 años y no tenía conciencia de lo que ello significaba... hasta que la tomé de golpe cuando en la popa de barco viendo alejarse la isla de Hierro en el horizonte, por los altavoces se oyó la voz del Capitán que anunció: “En este momento abandonamos las aguas territoriales de España”, y a continuación se oyó la voz de Juanito Valderrama cantando: “Adiós mi España querida muy dentro del alma te llevo metida .....” y como dentro de España estaba “mi barrio” el color del mar se convirtió de pronto en un color gris y cada vez más y más borroso.



CLASE "B": CURSO DE PRIMARIA.

---

Caracas, capital de Venezuela, era y es, otro mundo, otras gentes, algunas más morenas, llegando al color café, pero hablaban la misma lengua y me llamaban canario a pesar de que yo no trinaba. Y las señoras me querían porque era "muy limpito y tenía un habla muy bonito". Me decían: "amor o amoorcito", como en las telenovelas.

Después de vivir un poco tiempo en un barrio muy viejo y destartado, de feás casas, en las que en cada habitación vivía una familia y con una cocina para todas nos mudamos a otro con muchos restos de la ciudad colonial y más parecido a lo que había visto en Canarias.

En la Pastora, mi nuevo barrio, comencé de nuevo las clases, en la escuela parroquial. Sólo dos aulas tenía. Dos grandes habitaciones con grandes huecos sin ventanas, en la azotea de la Iglesia bordeando la cúpula tipo cañón que cubría la nave central. A la misma acudíamos con frecuencia los alumnos ante la Virgen a rezar y escuchar al sacerdote.

El Claustro estaba formado por dos maestras, una alta, guapa y vistosa y la otra baja y fea pero, mira por donde, simpática y cariñosa. El párroco era el director y profesor de religión. A mí, me tocó la "fea" y se llamaba Margót Rebolledo. Ya que D<sup>a</sup> Catalina, mi maestra de Canarias, no se sabía si era guapa o fea, porque las señoras mayores según mi parecer de entonces, no entienden de eso, me hacía ilusión que me tocara aquella bella mujer que estaba en la otra clase. Tuvo que ser ilusión de poco tiempo porque después de cuarenta y seis años mantengo muy buen recuerdo de Margot y conservo su nombre mientras de la otra maestra no me pregunten el nombre, no me acuerdo ni de su nombre ni de su cara, sólo recuerdo que era la inversa de la mía

## CLASE "C": CURSO DE SECUNDARIA.

Nuevo barrio, de San José Artesano (Como del Manicomio se le conocía), tuve de residencia y nuevo Centro Escolar estrené el Instituto de Las Américas de nombre y de él recuerdo que me enseñaron bailes, músicas, tradiciones y múltiples materias del país venezolano. Su tipo de enseñanza no me agradaba del todo dado que giraba alrededor de un sentimiento patriótico basado en la independencia de la colonia de la Madre Patria, España, cuyos hijos, que no querían aquella, fueron tan malos como buenos, aquellos, también hijos suyos, que lucharon por conseguirla.

En este enfrentamiento entre patriotas libertadores guiados por Simón Bolívar, casado con Teresa nacida en Teror - Gran Canaria, contra realistas colonizadores, sólo se salvaba un fraile, Bartolomé de las Casas, español él. Era el único con el que yo, español también, me podía identificar para no sentirme culpable de no sé qué

Fray Bartolomé luchaba por mejorar las condiciones de vida de los nativos, indios americanos, decían que explotados por la Metrópolis. No sé si lo consiguió del todo, pero por lo que pude captar creo que los nuevos dirigentes siguieron tratándolos mas o menos igual en los doscientos años transcurridos hasta que yo estuve por aquellas tierras.

Con este bagaje cultural, con cinco años más, trece en total, y bastante más orondo, fruto ello del descubrimiento que mi madre hizo de abundantes carnes y otros alimentos, no dietéticos precisamente, que al partir de canarias escaseaban sobremanera, y cuya abundante ingestión se consideraba poco menos que milagrosas medicinas para curar desnutriciones y cuerpos secos de grasas superfluas, regresé a Canarias

## UN VIAJE COMO RECREO

---

Salí de Venezuela por el Puerto de la Guayra, en el trasatlántico de nacionalidad portuguesa Santa María que tiempo después sería secuestrado por un revolucionario llamado Galvao y tuvo en jaque, un par de semanas, a varias marinas americanas y europeas, recalando en Angola. En la travesía hice escala en los puertos de Curaçao, Jamaica y en la Habana pre-castrista. El recorrido por la ciudad cubana fue fascinante para un crío que sólo y con trece años observaba todo el bullicioso devenir de una preciosa ciudad que años más tarde encontré vieja y decrepita en la película Fresas con chocolate. Me compré un bañador sin patas, con un dólar, que se ajustaba al cuerpo y que solo pude usar en la piscina del barco, en Canarias era otra cosa, otro mundo y el bañador terminó aburrido en el ropero derrotado por uno de pata larga, mas apropiado.

Yo recalé en Santa Cruz de Tenerife y desde allí hasta Las Palmas en el “correillo” León y Castillo, con una buena “batida” de mar incluida.

Me encontré todo igual. En aquellos tiempos la vida de los pueblos variaba mucho más lentamente que hoy. En la ciudad dos cosas nuevas, la calle de Tomás Morales cruzó la finca desde el cine Capitol hasta el Obelisco y el Mercado Central en Las Alcaravanas empezaba a quitarle categoría al de Las Palmas como pocos años después lo haría la calle de Mesa y López con la de Triana.



## CLASE "D": EL BACHILLERATO (¡DE 6 CURSOS!)

En el mes de mayo del año 56, acompañado de un tío mío, llegaba a la puerta del Colegio Inmaculado Corazón de María, que hoy veo siempre cerrada, esta vez no para gritar y salir corriendo sino para quedarme en un ambiente donde más bien predominaban las horas de silencio. Nos recibió un señor bajito y casi calvo llamado Pancho, "El portero", y... *¡Me puse la corbata!*

El Ingreso en el bachillerato elemental de cuatro años era a los diez. Yo tenía trece y estaba preparado para la prueba de admisión así como para los dos primeros cursos pero me faltaba empollar cultura española, la que tenía era americana y el Director del Colegio me recetó lo siguiente:

*A – Cursillo de verano en el recién estrenado Colegio de la calle Canalejas, que dicho sea de paso conserva hoy en la fachada el nombre de Corazón de María, para preparar el examen de ingreso en septiembre.*

*B – Primer curso de Bachiller a partir de Octubre con unas mínimas vacaciones previas de 15 días para coger algo de fuerza.*

*C – Cursillo de verano para preparar el segundo curso de bachiller dejando fuera el latín por si acaso perdiera las fuerzas anteriormente adquiridas, cuyas lecciones estudiaría junto con las de tercero, a lo largo del curso siguiente.*

Siguiendo este tratamiento adecuadamente me encontraría al mismo nivel en edad y académicamente que mis compañeros de curso. Después de tan largo viaje y del nuevo cambio de sociedad no estaba mal. No me acuerdo si lo tomé con resignación o gustosamente, pero dio resultado. Ni siquiera tuve que examinarme de la asignatura pendiente, latín de 2º, el aprobado estaba incluido en la Matricula de Honor de 3º

La semana estudiantil abarcaba de lunes a sábado, inclusive, descansando la tarde del miércoles, en la que como solía tener buena conducta no me recetaban estudio. La jornada de estudios y clases era de 8 a 9 horas diarias, no mucho en unos tiempos en que el “personal” que trabajaba, incluidos jóvenes, lo hacía de sol a sol, además no necesitábamos mucho tiempo libre en aquella sociedad donde no existían cosas tan “sorbe-cocos” como TV, games boys, ordenador, y demás cosas futuribles en aquellos tiempos del juego de la chapa y el matarile rle ron.

Pero mire por donde al igual que me ocurre con Margót, la profesora baja y fea que tuve en la Escuela Parroquial, de todo ello me acuerdo intensa y gratamente.

Contribuyeron en su día a esos buenos recuerdos de hoy, los Padres: Julio Izquierdo (Director), Ignacio Ordoñez (Prefecto), Clodoaldo, Aproniáno, Domínguez, Furone, Hipólito, Mariano, Cardoso, Martín Sarmiento..... Los profesores, Don Juan Marqués, Don Rafael, Don Felipe, Don Florencio..... El hermano Cocinero, Pancho, y “Mastro” Jesús

Todos ellos, y algunos mas que no tengo presente, contribuyeron, y mucho, a que pasara regularmente los exámenes. Los había de todas las clases y en todas las fechas. Cuando años más tarde mis hijos mayores cursaron, como sistema novedoso y moderno, la EGB, una cruzada recorrió las aulas españolas en contra de la práctica de los mismos. Aunque no desaparecieron las escritas, si lo hicieron las pruebas orales que habitualmente practicábamos.

CUADRO DE EXÁMENES:		
QUINCENAL	Mediados y fines de cada mes	Sobre temas dados en la quincena.
TRIMESTRAL	Diciembre, marzo y junio	De los temas dado en meses correspondientes.
ANUAL	Últimos días de junio	Todo lo del año escolar.
REVALIDAS:		
GRADO ELEMENTAL	Al finalizar 4º	De toda la materia de los cuatro niveles.
GRADO SUPERIOR	Al finalizar 6º	De todo lo dado de 1º a 6º
RESUMEN: una escalera en la que los padres ponian los pasos, el Colegio la barandilla y cada uno su esfuerzo. Si llegabas al final podías poner delante de tu nombre: ¡SR. DON!		

## EN RÉGIMEN DE INTERNADO.

<b>EN CADA JORNADA:</b>	
DE NOCHE	<b>DORMÍA</b>
6,30	<b>ME DUCHABA</b>
7	<b>OÍA MISA</b>
7,45	<b>DESAYUNABA</b>
TODA LA MAÑANA	<b>ESTUDIABA</b>
AL MEDIODIA	<b>COMÍA</b>
SOBREMESA	<b>JUGABA</b>
TARDE	<b>ESTUDIABA</b>
MAS TARDE	<b>VOLVÍA A ESTUDIAR</b>
MAS TARDE	<b>SEGUÍA ESTUDIANDO</b>
LUEGO	<b>JUGABA UN POQUITO</b>
DESPUES DE LAS 8	<b>CENABA</b>
9,30	<b>DORMÍA</b>
<b>Y..... ¡MAÑANA SERÍA OTRO DÍA!</b>	

De cada uno de estos momentos diarios intentaré relatarles algo. No todo porque no me acuerdo, aunque estoy seguro que si tiro del hilo la madeja se iría desenredando mucho más. Los hechos sucedieron a lo largo de seis años y cada momento de la jornada puede corresponder a años distintos Pero ¡da lo mismo!, de lo que se trata es trazar pinceladas en estas páginas *y sucedió que:*

## DORMÍA:

En dos grandes salas del último piso del edificio de la calle Tomás de Iriarte se alineaban camas y pequeños roperos. Sobre las nueve y media se apagaban las luces y el silencio era la norma. El ligero murmullo que llegaba de la galería producido por el roce de la sotana del Padre Prefecto, mientras caminaba en sucesivas rondas con las manos atrás manteniendo el rosario que contaba las Avemarías susurradas, hacía de canción para dormir y de discreta invitación a contar a María cosas ocurridas durante el día.

En alguna ocasión hacían compañía al Padre alumnos adormilados, de pie, junto a la barandilla, el tiempo que el mismo les había recetado al “trincarlos” hablando, no dormidos precisamente. El Padre Prefecto seguía dando vueltas al pasillo con su rosario. Si no eran identificables, los insomnes-parlantes, el acompañamiento abarcaba a todos los inquilinos de la sala hasta que el loro o los loros tuvieran la solidaridad de declararse culpables. Una noche nos tocó velada forzada y solo cantó, el gracioso, después de ver las señas que continuamente le hacíamos indicándole que nuestras manos tropezarían con su cuerpo a cierta velocidad en un momento adecuado. Mientras permanecí en el internado, nunca más se le ocurrió gritar llamando al “Serenio” a los cinco minutos de apagada la luz. El Sereno era el guardia que vigilaba las calles por las noches. Unos cuantos rosarios tardó en hacerlo, pero cantó, lo que no le evitó los mismos restregones, al día siguiente.

El Padre Prefecto también dormía, pero no sabíamos cuando y su sueño tenía que ser muy ligero y su oído muy fino porque aparecía en cuanto un mosquito batía las alas.

En una sola ocasión se dejó oír el Padre Ordoñez. Sus gritos nos puso lo pelos de punta hacía la medianoche. Al día siguiente el profesor de naturales nos explicó que sucedía cuando las piedras hacían de las suyas en los vasos de los riñones.

### **ME DUCHABA:**

A las 6'30 de la mañana, un par de palmadas dadas en la puerta del dormitorio, junto con el encendido de la luz, era la señal para salir corriendo a la ducha. El que se despertaba antes de la "diana", en silencio se quitaba el pijama, se ponía el albornoz y debajo de la sábana esperaba el palmeo para salir disparado a la ducha ¡¡¡ fría!!!, que nos estimulaba para todo el día.

### **OÍA MISA:**

A las 7 estábamos en la Capilla del Internado, sita en la misma planta y el Padre Prefecto oficiaba la Eucaristía, alguno se quedaba dormido otra vez y la mayor parte participaba de buena gana de la "ducha espiritual", más tibia que la anterior. Cuando ejercía de monaguillo me enteraba de lo que hacía el Sacerdote dado que en aquella época éste estaba de espaldas a los fieles mirando al altar, y de vez en cuando miraba al pueblo diciendo: "Dominos vobiscum".

A continuación se recogía de los dormitorios lo que creíamos necesario. Después de bajar al Colegio era difícil regresar en todo el día.

### **DESAYUNABA:**

El primer momento del día para hablar todos a la vez era durante el desayuno. En el largo refectorio cada uno tenía su sitio y la leche caliente, con gofio por supuesto, el pan y la mermelada se encontraban al entrar en la boca con palabras que salían. El tiempo era poco y había que aprovecharlo.

A las 8'15 sonaba el pito para hacer las filas, junto con los alumnos externos, en el patio. Instantes después de una pequeña oración las mismas, una a una y por orden de curso, pasaban a las aulas o salones de estudio, según tocara.

NOTA: El pito colgaba del fajín del Padre Prefecto, para lo que hiciera falta, todo el día.

### **ESTUDIABA:**

¡Y como se estudiaba! Se alternaba una hora de clase en las aulas donde esperaba el profesor correspondiente y una hora de estudio en salas destinadas a ello. En la sala de estudio sobre una tarima, para ampliar el campo de visión, sentado ante un escritorio..... el Padre Prefecto escudriñaba con vista de águila observando la buena o mala predisposición de los alumnos para estudiar. Cuando se cansaba de estar sentado, caminaba por los pasillos entre los pupitres para comprobar que no se perdía el tiempo.

Para el estudiante era más aburrido y menos rentable tener la vista fija en un agujero imaginario en el centro de la página, por el que veía todo lo que le apetecía. Algunos especialistas se las ingeniaban para ir trasladando el agujero de página y así engañar al Padre.

Para alegría de los padres naturales de los alumnos y el porvenir de estos últimos, la mayoría no usaban la técnica del agujero, empleaban el método del estudio metódico con uso frecuente de la consulta al Prefecto o, con su consentimiento, a otro compañero, sobre aquellos temas no comprendidos.

En las salas de estudio, como se comprenderá, pocas cosas distintas a lo anterior sucedían, pero algunas acaecían. En un par de ellas tomé parte activa, una directa, la otra indirectamente.

En la primera sucedió que al leer aquello de “Érase un hombre a una nariz pegado.....” dicho por el buen amigo de Góngora, el Sr. Quevedo, me entró un ataque de risa que contagié al compañero del pupitre delantero y era de tal calibre el ataque que por más que se acercaba hasta nosotros el Padre más aumentaba la risa que se me cortó

de golpe con un “quítese las gafas” y los cinco en la mejilla Santo remedio, usted. Y es que el Padre Domínguez, tenía manitas para todo. Mi compañero que también había sido curado me preguntó en el recreo de que me reía y cuando se lo dije comenzó de nuevo y me contagió a mí. El Padre desde lo alto de la escalera que comunica el patio con el colegio sonrió por algo.

En la segunda sucedió que en una de las rondas del Prefecto, al venir desde atrás, y pasar junto al pupitre que estaba delante del mío, su ocupante estaba muy entusiasmado viendo las hermosas matronas romanas que aparecían en el Diccionario de Latín. Yo, que estaba absorto, con los ojos cerrado y repitiendo entredientes lo que estaba memorizando, oí el coscorrón que le cayó al observador, multiplicado por diez su sonido y dí un brinco que hizo pensar a toda la sala que el correctivo fue dirigido a mí.

En cursos posteriores el sistema se cambió. En el aula se estudiaba y se impartía la clase. La sesión de hora y media se dividía en dos partes, una para cada actividad.

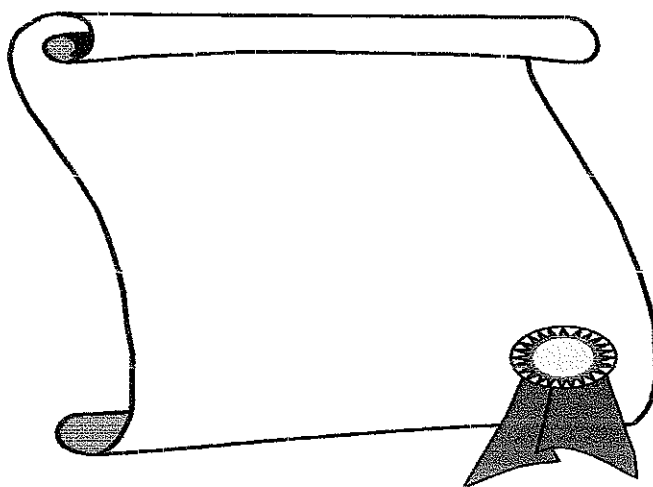
Entre sesión y sesión el recreo. Entre el pitido inicial y el final del mismo: el bocadillo, la charla, el juego de caravana es, los Kubala y Diestefano de turno jugando a fútbol con una chapa, el cambio de estampas y muchos, muchos gritos.

Pero sobre todo, en el recreo, se abría *La taquilla* en el fondo del patio, para comprar lo mismo un regaliz que una libreta, para eso estaba allí, asomado a su ventana, el Padre Clodoaldo. Cuando no había clientes delante, un grupo de los más grandes, nos acercábamos a ella a bromear y casi tomarle el pelo al Padre. Este normalmente abría una amplia y retorcida sonrisa en su cara mientras pasaba al contraataque con su cascada voz, difícil de olvidar. Creo que desde su humanidad nos tomaba el pelo, más bien, él a nosotros. En ocasiones el timbre de su voz indicaba que no estaba la ventana para atrevimientos, por lo que proseguíamos con una charla en plan serio, por sí acaso.

Nunca tuve noticias de que tomara medidas mas allá de un tirón de orejas que, creo, era su especialidad

Si no alargabas los recreo a todo el día, estudiabas y aprovechabas las clases por encima de lo normal, al final de curso, en el Cine Avenida de la calle 1º de Mayo – En aquel entonces del General Franco – y a continuación de diversas actuaciones artísticas, de alumnos, el Padre Clodoaldo (Secreterio) te llamaba desde el escenario para que subieras a recoger la medalla o diploma de honor que tanto gustaba a nuestros progenitores. ¡ Cómo me temblaban las piernas cuando el Director me lo entregaba! Lo recibía junto con la sonrisa de filósofo, matemático, literato y religioso que nos dedicaba el Padre Julio Izquierdo mientras en la sala sonaban aplausos. Los anteriores tipos de sonrisa hacían juego con las materias que nos impartía en el Bachillerato Superior.

Con un beso en la mano agradecíamos la entrega y nos situábamos en el escenario para salir en la foto. Besábamos la mano a los padres, como señal de respeto, a modo de saludo de encuentro o despedida. En esa época se besaba en la mejilla a familiares y amigos. A los padrinos de bautizo le besábamos la mano a la vez que pedíamos su bendición y recibíamos alguna moneda para golosinas.







Además de estudiar, a lo largo del año, todos los días, como es normal el Interno....

### **COMIA:**

El largo refectorio, paralelo a la calle Rabadán y con ventanas al patio de la Casa Parroquial, separaba la misma del Colegio al que se comunicaba por una puerta en el fondo. En el lado contrario un hueco comunicaba con la Casa y la cocina. A lado de esta última puerta en una mesa de tres plazas, sobre una tarima, se le servía el alimento al Padre Prefecto y otros dos acompañantes. Primero se les servía a los alumnos mientras el Padre recorría el comedor bromeando o comentando algo con ellos. Después de una breve acción de gracias nos lanzábamos literalmente sobre el primer plato, normalmente sopa o potajes. Sobre el segundo plato caíamos cuesta abajo y sin freno; el no comer entre horas originaba estas velocidades. El día que tocaba sopa de pescado con arroz nadando poníamos la marcha atrás. Nuestra investigación sociológica versaba sobre la razón de incluirla en el menú si apenas la comíamos. Algún listo mantenía la tesis de que el Hermano Cocinero quería prepararnos para el ayuno.

Al Hermano, aquel día, lo mandábamos varias veces a confesar el horrible pecado de hacer aquella comida para los pobres niños. Siempre contestaba los mismo: "Tengo bula".

## **JUGABA:**

Después de la comida, cruzábamos, en fila, a la cancha del edificio de la calle Canalejas, donde las energías adquiridas se consumían rápidamente. En consonancia con mi volumen corporal, mi actividad era más bien tranquila, lo que me acarreó algunos problemas con las notas de Educación Física. Tengo la sospecha de que las calificaciones obtenidas en el resto de las asignaturas arrastraban la de esta hacia arriba hasta sobrepasar la línea de flotación marcada con “Aprobado”

En cierta ocasión interrumpimos el partido de fútbol de 20 contra 21, para alborozados rodear al Obispo Pildaín y besarle el anillo episcopal. En aquella visita, para nosotros inesperada, fue la única vez que observé una sonrisa en su adusta y venerable cara, al contrario de otras muchas ocasiones en que lo ví. Tanto chiquillo junto en la casa de Claret, creo que le entusiasmó.

Cuando antes dije 20 contra 21, no fue un error. Es que el Padre Domínguez con la sotana arremangada y sujeta al fajín, jugando al balonpie, era mucho. En una ocasión en que yo jugaba de defensa lateral, puesto en el que se corría poco, el delantero vestido de negro avanzaba a toda velocidad y tuve la tentación, como me “había quitado las gafas” para jugar, de ponerle una zancadilla. Pero pudo más el cariño que le tomé, al convertirse, en los recreos, en un alumno más, con el que nos sentíamos a gusto.

Ya mayores pasábamos a la sala de juegos en donde, desde el parchís hasta el billar, pasando por el fútbolín, disponíamos de juegos tranquilos, y charlas más propias de futuros bachilleres.

Anexo a la cancha, en ese entonces, se instaló un gimnasio bastante completo, yo diría que completísimo. Se comenzó a practicar, igualmente, dos deportes en los que destacó el Colegio, Jockey sobre patines y Basket-Ball. El primero se encontró ya

desde aquella época con el inconveniente de la poca afición al mismo por estas tierras. Lo considerábamos, injustamente, como un deporte para catalanes.

El Basket-Ball, nombre que le dimos a instancias del Padre que nos daba inglés y que lo conocía por sus frecuentes viajes al mundo anglosajón, como todos sabemos ha seguido otros derroteros. En los primeros partidos organizados con dos papeleras a modo de canastas participé de una manera destacada. Conocía el juego de mi estancia en Venezuela. Pero en pocos partidos el “nivel” de mis compañeros comenzó a crecer y el mío se mantuvo en el mismo. Estaba visto que yo no estaba hecho para el deporte y menos para el baloncesto. Los partidos se jugaban a lo ancho de la cancha y simultáneamente al fútbol, a lo largo, con lo que el gran follón estaba servido. Los derroteros del Claret de baloncesto, cambio a cambio y nombre sobre nombre, lo ha llevado al Gran Canaria actual y en uno de sus filiales más pequeños juega uno de mis hijos lo que no deja de ser una satisfacción de aficionado. El ejercer como tal, de los deportes si es lo mío, pero desde las gradas. ¡Que le vamos a hacer!, todos tenemos pequeñas asignaturas pendientes en la vida.

Después de tan cansado mediodía.....

### **ESTUDIABA, VOLVIA A ESTUDIAR Y SEGUÍA ESTUDIANDO:**

Hacia las tres y media, a la señal del pito, se formaban de nuevo las filas. Ya dentro de las salas de estudio o de clases, la primera media hora era mortal. La modorra hacía que las palabras de los libros se fueran entrelazando unas con otras hasta formar una masa gris que nos absorbía. En más de una ocasión el “despertador” del Prefecto recomponía de golpe la página. Lo de la pizarra era peor. El polvo de la tiza enturbiaba la vista y hacía que los párpados bajarán cuál cortina y al subirlos de nuevo a instancias del Profesor se veía “clarito” el cero que le mostraba.

Para ceros, los que nos puso el Padre Martín Sarmiento al todos los Señores del Preuniversitario. El "Preu" o curso 7º, no era un curso del bachillerato sino un enlace del mismo con la Universidad y una especie de resumen de lo dado en sus seis años. Al final del curso otras pruebas realizadas en la Universidad de La Laguna, evaluaban de nuevo los conocimientos adquiridos. El curso en sí era apasionante. Cada asignatura tenía un solo tema, del que sacábamos todo el jugo posible, con una metodología mas propia de la investigación que del estudio al uso

El Padre Martín, tenía una personalidad fuerte, amplia y dinámica que nos arrollaba a su paso. Nos impartía Historia del Arte con tal vehemencia y profusión de diapositivas (Un gran adelanto en aquellos tiempos), que sin estar en su presencia captábamos el color de las piedras de Salamanca y la espiritualidad que le salía por la cabeza a cada una de las figuras pictóricas de El Greco. Fue más un guía para nosotros que un profesor.

En Literatura de "Preu", aquel curso, el tema único era Lope de Vega y todo el mundo que giró a su alrededor, el antes y el después. El Padre Martín también daba esta asignatura y fiel a su estilo "vivimos" el Siglo de Oro como un espadachín o poeta renacentista según el gusto y carácter de cada cuál. El físico del Padre Sarmiento era de persona alta, enjuta, de cabeza más bien pequeña y nariz destacada. En mas de una ocasión me lo imaginé, cuando nos daba esta clase, que era el mismísimo Lope, sacerdote también, polemizando con los intelectuales de su época. Cosa que el Padre hacía en las páginas del Eco de Canarias, periódico de los años 60, sobre los más diversos temas

Si digo que también nos impartía clases de religión, se entiende de que forma moldeaba nuestra personalidad. Se podía estar muy a gusto con su magisterio o

totalmente en contra del mismo, pero en el termino medio no creo que estuviera ningún alumno.

En ese curso no formaba ya parte de los internos, era uno más de los externos que se reunían, antes de la hora de entrada al colegio, en la cercana plaza del Padre Hilario. Una tarde al llegar a dicha plaza me esperaban todos los preuniversitarios que me rodearon y plantearon el proyecto de una “fugona general” e ir al Estadio Insular. Se jugaba el pase a la final, la Selección Juvenil Canaria ante la Castellana. El planteamiento era de que si yo, al que consideraban el paradigma de la responsabilidad y seriedad, me sumaba a la misma, se realizaba la escapada deportiva

- ¡Chachos, tenemos toda la tarde clases con el Padre Sarmiento!
- Por eso es más interesante.

Comenté y contestaron sus detractores.

Aunque me encontraba entre los que discutía a favor del modo de ser del Padre, me gustó la idea, y allá nos fuimos, caminando por las calles de Ciudad Jardín, hasta el campo.

Por el camino el grupo iba alegremente charlando, mas para darse animo que para otra cosa. La conversación giraba sobre lo que se pensaría y haría cuando se viera el lugar de la fila de Preu vacía. Alguien comentó que la mayoría de los superiores se alegraría de alguna manera dado que el Padre Martín presumía de ser el que mejor nos adiestraba, cosa que era verdad. Creo que lo suyo era más bien un sano orgullo por los resultados que estaba consiguiendo con sus alumnos.

Nos sentamos en el campo, en la grada sur, rodeados de gran cantidad de aficionados; estaba casi lleno. Apenas había transcurrida la mitad del primer tiempo cuando alguien dijo: ¡Miren al Padre Martín en lo alto de la grada curva! Verlo y escondernos, todo fue una. Los aficionados que nos rodeaban, al darse cuenta, se

pusieron en pie para colaborar, a la vez que nos iban comentando que las dos sotanas permanecían allí movidas por el fuerte viento; las caras no se distinguían, pero sí una figura alta y flaca junto a otra más baja, del Padre Prefecto. Creo recordar que en ese entonces era al Padre Furone.

Aguantamos poco. Al grito de ¡Vamos para el Colegio!, salimos corriendo del campo y el tiempo invertido para regresar, por el mismo camino de la venida, fue infinitamente más pequeño.

Nos recibió en la entrada la sonrisa, casi de complicidad, de Pancho, y a continuación, entrando a mano izquierda, la puerta abierta del laboratorio, nuestra clase. Nos sentamos y no se oía una mosca. En la pizarra estaba escrito: “Examen de Religión, preguntas: .....

Los Padres “Detectives” no habían regresado aún y al instante entró el Director, Padre Julio Izquierdo, y paseó un par de veces a lo largo de la larga pizarra antes de mirar nuestras caras, de una en una. Al llegar a la mía preguntó: ¿Por qué dijo que sí?, y sin esperar respuesta siguió paseando mientras dirigí la vista hacia un libro cualquiera con más aplicación que nunca. No me arrepentía de haber dicho que sí. A la vez comprendía y aceptaba que no había actuado en consonancia con mi modo de ser.

Durante un rato, el susurro que producía la sotana al rozar los zapatos del Director, fue el único sonido que nos acompañó hasta que se produjo la explosión de ruido que era la salida del resto de los alumnos, aquella tarde fue lentísima. Todos ellos, necesariamente, pasaban por delante de la puerta abierta de nuestra clase. Todas las formas de caras de curiosidad y de pitorreo pasaron por allí.

El Padre Julio nos manifestó a continuación su opinión del asunto y al poco entró el Padre Martín. Su cara colorada y el pelo, normalmente bien peinado hacia atrás, revuelto, lo decía todo y algo más. En ese momento no se me parecía al bueno de Lope

de Vega. Tomó prestada la expresión que me imaginaba que tendría D. Francisco de Quevedo al dirigirse a Góngora.

Como no habíamos hechos el examen que estaba en la pizarra, que era quincenal, nuestros boletines de notas llevarían el cero correspondiente bien dibujado. Además creo que el sentirse solo y abandonado le llevó a darnos clases los domingos por las mañanas durante un mes. En un principio tenía que ser durante dos meses, pero los ratos compartidos, en aquellas mañanas, fue acercando al Sacerdote Catedrático, y a toda la clase recíprocamente, hasta el punto de que la última mañana que cumplimos como castigo, no tuvo nada de tal. Derivó en una convivencia semejante a las de los ejercicios espirituales, en las que se hablaba de múltiples temas no académicos, en un gran abanico de materias que iban desde la vocación religiosa hasta la sexualidad, pasando por las poesías místicas de Santa Teresa o San Juan de la Cruz. Estoy casi seguro que de Fútbol no hablamos.

Durante cierto tiempo tuve mi correctivo añadido. Don Rafael, viejo profesor que nos daba repaso de matemáticas, en medio de la clase y cuando buenamente le parecía, me miraba por encima de sus gafas y decía: ¡Parece mentira Sr. Castellano! Y seguía haciendo lo que le ocupaba, mientras los demás sonreían, sobre todo José Luis Díaz que como muy buen amigo me “comprendía” del todo.

El peor castigo que me recayó, durante un corto tiempo, fue la frustración de no poder tomarle el pelo al bueno del Padre Clodoaldo. Al más mínimo intento de hacerlo, levantando una ceja mas que otra y arrastrando las sílabas me espetaba: “Sr. Castellano ..... Sr. Castellano ..... su falta de personalidad no le permite dirigirse a mí con total libertad.....” Y pasaba al ataque con el tema que le pareciera y estuviera de actualidad.

### **JUGABA UN POQUITO:**

Casi de noche, el patio trasero del edificio de Tomás de Iriarte servía para todo. Para charlar, jugar, adivinar que alimentos emitían los aromas que llegaban de la contigua cocina y las partidas de pelota vasca a mano, en las que caíamos eliminados unos detrás de otros, ante el Prefecto de ese momento, el Padre Furone, hombre del norte de España, bajo y recio, que las ganaba todas. No duraba mucho este descanso y...

### **CENABA:**

Dos platos nos reconfortaba. El primero normalmente de ensaladas. Sobre los finales de mes las tomábamos más a gusto, pues el barco que había llegado de Fernando Poo, en la Guinea Ecuatorial, en ese entonces perteneciente a España, traía unos filetes de caballa en aceite que mas bien parecían de atún. Creo que la remesa era enviada por misioneros del Corazón de María que andaban por aquellas tierras.

El segundo plato, casi siempre, de pescado preparado de diferentes formas. Entre plato y plato, alguna lectura de la Biblia y la conversación que ya no podríamos tener hasta el desayuno del día siguiente.

De postre, el chasquido de cáscaras al romperse, también venidas de Guinea, que mostraban ricos manises al igual que el chasquido de las teclas ha dibujado en el papel estos entrañables recuerdos guardados desde hace mas de cuarenta años, desde el día en que *me quité la corbata*.

Cuando, apenas el año pasado, llevé por primera vez a mi hija al Claret de Tamaraceite, el pito de la cuidadora en el patio, me sonó familiar y en ese momento comencé a palpar que la sombra del mismo "Mastro Jesús" andaba por allí.

---

*Abril, mes de la Olimpiada-Claret 2000*